

Lo mismo, conmovidos deste celo,  
Hacian las católicas cuadrillas,  
Las manos y los ojos en el cielo,  
Hincadas en el suelo las rodillas;  
Alégranse de ver alegre suelo,  
Contemplan otras muchas maravillas,  
Alaban los verdores y elegancia,  
Y al sabio general de su constancia.

Concepto tienen ya de verse hartos,  
Fuera de la rabiola pestilencia  
De sapos, de culebras, de lagartos,  
Vuelta necesidad en opulencia:  
Velan la fría noche por sus cuartos  
Con toda la posible diligencia,  
Y las penas del frío no son tantas  
Por arrojarse ya con nuevas mantas.

Por los contrarios que hay á la redonda,  
Que ladran y dan grita como canes,  
Y tienen flecha, lanza, dardo, honda,  
Haciendo mil meneos y ademanes,  
El mismo general hacia ronda  
Con otros principales capitanes,  
Y todos en comun están alerta,  
Hasta que ya la luz fué descubierta.

En descubriendo pues rubia cabeza  
Aquel hijo del rey altitonante,  
Para ver bien la tierra que se empieza  
A mostrar con clarifico semblante,  
La gente castellana se adereza  
Con gana de pasar mas adelante;  
Y el Insa, capitán de macheteros,  
Anticipóse con sus compañeros.

Y cuanto mas encumbra las laderas,  
Mas á placer se ven las rasas cumbres,  
Llenas de cultivadas sementeras  
Que quitan atrasadas pesadumbres,  
Fertilísimos valles y riberas  
Con los humanos usos y costumbres:  
Vense los pueblos, hierven los caminos,  
Los tractos y contractos de vecinos.

Entrellos hay diversos pareceres:  
Unos quieren huir, otros esperan,  
Unos ponen en cobro las mujeres,  
Otros lugar no hallan aunque quieran,  
Otros quieren usar de sus poderes  
Con intento de que los nuestros mueran;  
Mas la perplejidad era terrible,  
Viendo lo que jamas les fué visible.

Sobre los altos hay juntas de gentes  
Dispuestas para guerras y conflictos,  
Repartidos por partes diferentes,  
Que en número parecen infinitos;  
Convócense los deudos y parientes;  
Aquí sonaban voces, allí gritos;  
Todos son alborotos, confusiones,  
Sin dar resolución á sus razones.

Mas Sacre, principal que predomina  
La provincia de acia la montaña,  
Con oprobios y afrentas los indina,  
Llamándoles cobardes y sin maña;  
Y así con sus vasallos determina  
Ver aquello que pueden los de España,  
Y con bravo furor rompió por ellos  
Hasta llegar á barbas y á cabellos.

Visto por Insa tan pesado juego,  
Anima con valor á su cuadrilla,  
Y lo mejor que pudo saltó luego  
En caballo que no tenia silla;  
No toma Juan Rodriguez Gil sosiego,  
Ni la restante gente de Castilla,  
Apresurando carnícera prueba  
Con las espadas en la gente nueva.

Esfuézcanse los flacos castellanos,  
Que temores de muerte los alientan;  
Andan listos los priés, prestas las manos,  
Con que las yerbas verdes ensangrientan;  
Apártanse los indios mas cercanos,  
Que su cruel furor experimentan,  
Admirados de vellos, mas no tanto  
Que el caballo no cause mas espanto.

Otro miedo mayor sus pechos doma,  
Y es, que vieron venir á la pelea  
Otros treinta caballos por la loma,  
Que furia de españoles espolea;  
El campo junto mas atrás se asoma,  
Que les hizo hacer huida fea,  
Porque creyeron ser en aquel punto  
El hombre y el rocin un cuerpo junto.

Juntóse pues la gente dividida,  
Y el don Gonzalo manda que se cuente,  
Para que como sabia y advertida  
Caminase por orden conviniere:  
Numeran que escaparon con la vida  
Ciento y sesenta y seis tan solamente,  
Y sesenta caballos mas ó menos,  
De los cuales los mas salieron buenos.

Pues con ser el rigor tan importuno,  
Tanto riesgo, tanto derrumbadero,  
Dellos se despeñó tan solo uno,  
Que fué del caporal Martin Ropero;  
Con cuya carne y tripas el ayuno  
Hizo solemnes fiestas al garguero:  
Hasta las uñas fueron substanciales  
Y no menos las partes genitales.

Habia de pintar aquesta historia  
Una pluma de prósperos caudales;  
Porque valor y fuerza tan notoria,  
Tanto perseverar en tantos males,  
Escude los mas dignos de memoria  
Y vuela sobre fuerzas naturales,  
Pues que solo Baltasar de Maldonado  
Merecía particular tractado.

Y todos los demás eran valientes,  
Modestos, comedidos, amigables,  
Al general sujetos y obedientes,  
No sediciosos, varios ni mudables:  
En las adversidades muy pacientes,  
En los trabajos son infatigables;  
Tuviera bien en qué meter la mano,  
En lo que trabajó Juan Valenciano.

¡Qué trabajó Juan Lopez! qué Macías!  
Pero Rodriguez Carrion Mantilla!  
Qué Pedro Corredor! qué Juan de Frias!  
Qué Diego Montañés! Juan de Pinilla!  
Paredes Calderon! Francisco Diaz!  
Un Martin de las Islas! un Chinchilla!  
Paniagua! Pero Ruiz Herrezuelo!  
Y aquel que vive hoy Pedro Sotelo!

¡Qué trabajaron otros que no espreso,  
No porque los olvido ni repruebo,  
Sino por remitirlos al proceso  
Que tengo de hacer del Reino-Nuevo!  
Pues agora me cumple que digreso  
Haga por acudir á lo que debo,  
Volviendo para atrás á ver los fines  
Y paradero de los bergantines.

Dejaremos pues este caminante  
Que va continuando su conquista  
Por tierra rica, llena y abundante,  
Que da contentamientos á la vista;  
Que yo volveré presto, Dios mediante,  
A ser de sus hazañas coronista;  
Pues para que por partes se reparta,  
Esto se quedará para la cuarta.

Porque con estas dichas intenciones,  
Mi celebrado funeral se funda  
Correr primeramente los aneones  
Que suele combatir la mar profunda;  
Y en aquellas bahías y ríncones  
Tiene de fenecer parte segunda:  
En estos pareceres me resuelvo,  
Y al licenciado Juan Gallegos vuelvo.

## CANTO QUINTO.

Donde se cuenta la cruel y sangrienta batalla que tuvo el licenciado Gallegos, y lo demás sucedido hasta la muerte de don Peto Fernandez de Lugo.

Quien hace confianza del amigo  
Con violentas armas granjeado,  
El se busca la pena y el castigo,  
Pues fia de enemigo solapado;  
Y si de la traición tiene testigo,  
Y todavía vive confiado,  
No se queje después ni espanto tenga  
De cualquiera trabajo que le venga.

El dicho licenciado Juan Gallegos,  
Y muchos de los de su compañía,  
No fueron en aquesto menos ciegos,  
Al tiempo que la gente se volvía,  
Vencidos de promesas y de ruegos  
Que un Alonso indio les hacía;  
El cual atrás significó ser jeque  
De la provincia de Tamalameque.

Este, cuando venian descubriendo  
Se vino con el dicho licenciado,  
Mas su venida fué, según entiendo,  
No tan de voluntad cuanto forzado;  
Y agora que volvian inquiriendo  
Reliquias del sustento deseado,  
Los que dellos están menos dolientes  
Buscabanlo por partes diferentes.

También Gallegos va con el deseo  
Que suele fatigar humano pecho,  
Haciendo por el río mas rodeo  
Que pudiera hacer yendo derecho;  
Buscando pueblos donde del rancho  
Se pudiera sacar algun provecho,  
Por no volverse de tan largas vias  
Las manos en los senos y vacías.

Y como por confines de la Tora,  
En tanto que lo dicho se buscaba,  
Hiciesen mas tardanzas y demora  
De la que el indio malo deseaba,  
Mostró dolor con intencion traidora  
De la necesidad que se pasaba;  
Y con señales del que pena sienta,  
Para movellos dijo lo siguiente:

«Señores, ¿para qué nos detenemos  
En tierra que tenemos recorrida?  
Pues cuanto mas despacio nos movemos,  
Mayor riesgo corremos de la vida:  
Cumple que sin tardanza nos bajemos,  
Y vamos donde sobre la comida;  
Porque mal hallaremos provisiones  
En montes donde faltan poblaciones.»

Oida la razon del indio viejo,  
Cuyos intentos eran inhumanos,  
Viendo para matallos aparejo  
Por ser mas los enfermos que los sanos,  
Tomaron sin recelo su consejo,  
Confando sus vidas de sus manos;  
Y así luego partieron, y él los trajo  
Obra de treinta leguas mas abajo.

Hizo salir de paz indianas gentes,  
Y agasajarónlos en estos puertos,  
Donde de los hipatos y dolientes  
Echan al agua cada dia muertos;  
Y entoncees con los indios que presentes  
Estaban, se comienzan los conciertos  
Por el Alonso señalando dia,  
Para la gran maldad que pretendía.

De allí también el mal intencionado  
Les hizo que hiciesen movimiento,  
Diciendo que les daré recado  
Do puedan rescatar á su contento;  
Y era por los llevar á mas poblado,  
Para perfeccionar su mal intento;  
Y como parecia buen aviso,  
Bajaron con los barcos donde quiso.

Y puestos en aquella pertenencia,  
Ya de los españoles bien sabida,  
El Alonso les demandó licencia  
Para ir á su casa por comida;  
La cual, sin presumirse malquerencia,  
Le fué por Juan Gallegos concedida,  
Porque también el perro, mas que moro,  
Prometió de traer copia de oro.

Al momento salió con sus galeras,  
Y luego comenzó desde lo alto  
A llamar y juntar gentes guerreras,  
Para dar el combate y el asalto  
A los barcos de gentes extranjeras  
Y al capitán que va de gentes falto:  
Acudieron caciques de la tierra  
Con mas de veinte mil hombres de guerra.

Tan gran número cuanto se publica  
Se convocó para una y otra banda,  
Y en diferentes partes les predica  
Ser bien justificada su demanda;  
Porque contra quien van es gente inica,  
De todas las del mundo menos blanda,  
Y que si matan hombres tan perjuros,  
Para siempre jamás serán seguros.

Y así les dijo: «Yo, señores, vengo  
A hablaros movido de buen celo,  
Y con la fuerza del amor que tengo  
A vosotros y á todo vuestro suelo,  
Y por libraros del trabajo luengo  
Que nos amaga con eterno duelo,  
Cual es la miserable pesadumbre  
Que tiene la perpetua servidumbre.»

«Bien sabeis cómo yo larga distancia  
Con esta gente fui acia la sierra;  
Y como les faltase la substancia,  
Haciéndoles la hambre dura guerra,  
Algunos ó los mas con gran instancia  
Trataban de poblar en nuestra tierra;  
Y cierto tentarán esta fortuna  
Si nuestra fuerza no se lo repuna.»

«Y si desto queremos evadirnos,  
A pernicioso mal nos subyectamos;  
Pues bien veis que no vienen á servirnos,  
Sino porque nosotros les sirvamos,  
Y así dicen que han de repartirnos,  
Y á todos los caciques dalles amo,  
A quien acudiremos con tributos:  
Oro, joyas, preseas y otros frutos.»

«Por tanto, quien maduro seso tiene,  
Y ve casa vecina que se arde,  
Mire con tiempo lo que le conviene,  
Porque para la suya no se tarde,  
Pues pocas veces hay freno que enfrene  
Al hombre que no sabe ser cobarde,  
Mayormente si su buena ventura  
Le da tiempo, sazón y coyuntura.»

«Esta se nos ofrece de presente  
Contra los violentos y profanos,  
Y pareceme gran inconveniente  
Tal ocasion sollarla de las manos:  
Así que cumple dar en esta gente,  
De los cuales los menos vienen sanos,  
Porque quitados estos de por medio,  
Para los otros yo daré remedio.»

«Cuanto mas que los otros mas espertos  
Por la montaña van sin detenerse,  
Y no les quedan barcos en los puertos,  
Ya que determinasen de volverse;  
Y aun creo ciertamente que son muertos  
Por no hallar adónde proveerse:  
Pues los de Santa Marta y Cartagena  
Escarmentaran en cabeza ajena.»

«Al vencimiento destes yo me obligo,  
Y sé que no seré mal adeyino,  
Porque tenemos para lo que digo  
Andada grande parte del camino,  
A causa de tenerme por amigo  
Y ser para con ellos fidedino;  
Y así por encubrir mi mal intento  
Voy á llevalles hoy mantenimiento.»

»Mas para que sepais el orden mio,  
Entre tanto que yo voy al Gallegos  
Ocupen mil canoas este rio  
Y por todas sus playas grandes fuegos,  
Porque si falta sol al desafío  
Con lumbré prosigais bélicos juegos:  
Veremos dó hacemos puntería,  
Y también al que tiene cobardía.»

Después que ya tenía concertado  
El conflicto con grandes y pequeños,  
Se vido luego con el licenciado,  
Bien equipados tres ó cuatro leños,  
Y llenos de maíz y de pescado,  
Con que regocijó nuestros isleños;  
Llevó mas un mil pesos de oro bueno  
Que recogió Gallegos en su seno.

Abrazáronlo sanos y dolientes  
Dándole gracias por aquel buen hecho,  
Estando todos ellos inocentes  
De su malignidad y falso pecho;  
Dió pues por parecer á nuestras gentes  
Que bajen con los barcos otro trecho  
A Sompallon, adonde proveidos  
Serán de todas cosas y servidos.

Allí la gente mal apercibida  
Estaba los enfermos reformando,  
Y el Alonso con oro y con comida  
No deja de venir de cuando en cuando,  
Persuadiéndolos á la partida  
Do los indios estaban esperando,  
Y el indio Sopatin por consiguiente  
Vino también a ver cristiana gente.

Cuya benevolencia no fué corta,  
Y el socorro que trajo no fué flaco,  
Pues viendo quel Alonso los exhorta  
A las disposiciones de su saco,  
Les dijo: «Lo que menos os importa  
Es confiaros de tan gran bellaco,  
Pues yo sé sin dudar que busca modos  
Para que los cristianos mueran todos.»

»Ha convocado ya parcialidades;  
Solo yo nunca quise lo qué quisó,  
Que cierto para vuestras amistades  
Me precio de tener un pecho liso:  
Estas que digo no son falsedades,  
Sino fiel, leal y buen aviso;  
Por tanto deteneldo con cadena,  
Y antes que dé comida dalde cuna.»

»Y no son solos estos los engaños  
Que suele maquinár este vergante,  
Porque también usó pasados años  
Con San Martín de treta semejante;  
E hizole creer que de los daños  
El indio Sopatin era culpante,  
Como quiera que yo podré jurarte  
Que no supe jamás arte ni parte.»

El Juan Gallegos al Alonso llama,  
Diciéndole: «Pues somos tan hermanos,  
¿Cómo tienes urdida cierta trama  
Donde perezcan todos los cristianos?  
Certidumbre nos da tu mala fama,  
Y Sopatin con otros comarcanos,  
Tus vecinos, tus deudos, tus amigos,  
Desta traición tenemos por testigos.»

»Mucho me maravillo que no sientas  
No ser tan descuidados ni dormidos,  
Que te dejen salir con lo que intentas  
Españoles sagaces y advertidos;  
Demás de que en las guerras mas sangrientas  
No pueden todos ellos ser vencidos,  
Pues aunque muchos en peleas mueren,  
Los vivos hacen todo lo que quieren.»

»Y si desta maldad que se adereza  
Eres tú, como dicen, el primero,  
De llover tiene sobre tu cabeza,  
Y al fin has de venir á pagadero,  
Hasta te desmembrar pieza por pieza,  
Como vaca que pesa carnicero;  
Por tanto, si de muerte te recelas,  
Déjate de traiciones y cautelas.»

A todo cuanto se le proponía  
El indio se mostró con tal templanza,  
Que por su rostro no se conocía  
Alteracion, vergüenza ni mudanza;  
Antes, de la manera que solía,  
Dijo: «Por cierto poca confianza  
Teneis, juzgando seros adversario  
Quien por las obras muestra lo contrario.»

»Porque si por ventura yo pensara  
Cosa tan sin razon y tan horrenda,  
Pudieralo hacer sin que gastara  
Con vosotros mis bienes y hacienda;  
Pero quien os ampara y os repara,  
Para perpetuas paces mete prenda,  
Y es cosa justa, y es razon derecha  
Que no se tenga del esa sospecha.»

»Habeisme dicho, para prueba desto,  
Sopatin y los suyos ser testigos,  
Y á todos es negocio manifiesto  
Que somos capitales enemigos;  
Y por envidia de me ver bien puesto  
Con los que sabe que me son amigos,  
Las tramas y maldades qué intenta  
Procura que se pongan á mi cuenta.»

»Consímese de ver que Alonso priva,  
Como quien á traiciones tiene ojo,  
Y es por demás su voluntad moeiva  
Y el procurar roer este tramojo;  
Mas él bien sabe que como yo viva  
No podrá daros el menor enojo:  
Desahagase con invido veneno,  
Qué quedará por malo, yo por bueno.»

»De cosa no se muestra mas pesante  
Que de saber que hago beneficios  
Y regalo á gente semejante,  
Y aquellos no me son menos propicios:  
Mandole yo pues de hoy en adelante  
Han de ser mas colmados mis servicios:  
Por tanto si quisierdes ir conmigo  
Hallareis ser verdad esto que digo.»

»Y así me voy debajo los intentos  
Ya dichos, no fingidos ni aparentes,  
Sino de muy mas llenos cumplimientos  
Que salen las palabras de mis dientes;  
Descansareis en nuestros aposentos,  
Ternán todo regalo los dolientes,  
Haré que cada indio contribuya  
Con oro, joyas y hacienda suya.»

De todo sinsabor él salió horro,  
Pudiendo detenello con prisiones,  
Atenido Gallegos al socorro  
Que buscan codiciosas intenciones;  
Mas un capitán dicho Juan Chamorro  
Fué siempre de contrarias opiniones,  
Diciendo: «Témome que de mañana  
Nos ha de sacudir con la mediana.»

»Porque este principal es un gran perro  
Y dias ha que yo por tal lo marco,  
Desde la entrada larga y el destierro,  
Cuando lo bautizó fray Pedro Zarco;  
Y á mi juicio fuera menos yerro  
Tenello con prisiones en un barco,  
Quitándole su mando y señorío,  
Hasta que ya saliéramos del rio.»

»Hartas veces ha dado pesadumbre  
A soldados de nuestra compañía,  
Y no dudo, según es su costumbre,  
Urdir alguna gran bellaquería,  
Pues vemos de canoas muchedumbre  
Que descienden abajo cada dia;  
Y pasarse de largo sin mas cuenta,  
Novedad y misterio representa.»

»Si pensais de guiaros por su mano,  
Fortalezcamos brazos y molledos;  
Pero yo juzgaria por mas sano  
Que por agora nos estemos quedos:  
No tengais este por temor liviano,  
Pues estos son de los discretos miedos,  
Cuando negocios duros y perplejos  
Demandan prevencion y pidea lejos.»

El Juan Gallegos respondió: «Por cierto  
No me parece mal aquea traza;  
Pero si tienen hecho su concierto,  
Acá ó allá nos tienen de dar caza,  
Y tarde que temprano deste puerto  
Al fin habemos de salir á plaza,  
Y así será mejor, según entiendo,  
Que nos partamos en amaneciendo.»

Con aquesto cubrió nocturno velo  
Las cosas que solian ser patentes,  
Y las menores lumbrés en el cielo  
Manifestaban sus doradas frentes;  
Y así mandaron con aquel recelo  
Se metan en los barcos los dolientes,  
Velando, como suelen, el estancia  
Con toda la posible vigilancia.

Llegada ya la luz de la mañana,  
Que fué nublada, triste, desabrida,  
Compúsose la gente castellana  
Para poner en orden la partida,  
Mas todos ellos tan de mala gana,  
Como si fueran á perder la vida;  
Y no fueron inciertos sus conceptos,  
Según manifestaron los efectos.

Luego de Sompallon hacen desvío,  
Y bajan al amor de la corriente;  
Y en medio la canal del ancho rio  
Un agua se descubre de repente  
Por las cuadernas del mejor navío,  
Donde iba Juan Gallegos el teniente:  
Quisiéronla tomar, mas no parece  
Manifiesto lugar, y siempre crece.

Para lo sustentar, como no haya  
Las cosas necesarias á la mano,  
Antes que mas en crecimiento vaya,  
A todos pareció consejo sano  
Llegar á zambordar en una playa  
Del pueblo que tenían mas cercano;  
Y así desde tomaron la ribera,  
Los enfermos y ropa sacan fuera.

Compónense los bancos ó parales;  
Asen manos de dura guindalesa;  
Con fuerza de soldados y oficiales  
Se vara, se ladea y atraviesa,  
Y con los necesarios materiales  
Calafate se da posible priesa:  
Saltan en tierra sanos y llagados,  
Escepto Juan Chamorro y sus soldados.

Pues como nunca mas Alonso vino,  
Ni vieron indios por aquel partido,  
Temíase del mal que les avino  
Y quisose hallar apercibido:  
Su bergantín cubrió toldo de lino,  
Por todas partes dél bien estendido,  
Que suele ser defensa que aprovecha  
Contra la pestilencia de la flecha.

En esta prevencion no paran mientes  
Los otros que dejaron sus navios,  
Antes soldados sanos y dolientes  
Se ranchearon dentro de buhios,  
Otros ponen también camas pendientes  
Debajo de los árboles sombríos:  
Con esta remision no bien compuesta  
Pasaron el bochorno de la siesta.

Y cuando Titan iba declinando  
Al mar para lavar su clara frente,  
El pueblo donde están viene cercando  
Innumerable número de gente,  
Y la venida dellos tan callando  
Que hasta dar el golpe no se siente,  
Pues con ser multitud tan importuna,  
Ver, oír y sentir fueron á una.

Bien como cuando veis dia sereno,  
Y se espesa nublado repentino  
De las exhalaciones de aquel seno  
Que rompe fulminoso torbellino,  
Y entonces suena tan terrible trueno,  
Que causa no pequeño desatino,  
Tanto, quel bruto huye del ruido  
Y el hombre queda quasi sin sentido:

Dicen acontecelles otro tanto  
Entonces cuando fueron salteados,  
Pues de los sobresaltos y el espanto  
Quedaron poco menos que pasmados:  
Llueve sobrellos flecha, dardo, canto,  
Golpes de palo duros y pesados;  
Y de los miserables castellanos  
Treinta vinieron vivos a sus manos.

Estos á su sabor los maniatan,  
Que prevenidos vienen de cordeles;  
Con no vistos escarnios los maltratan,  
Desollando las barbas con las pieles;  
Al fin los despedazan y los matan  
Con tormentos que pasan de crüeles:  
Rompe los aires el clamor terrible,  
Causa la confusion temor horrible.

Estaba Juan Gallegos, licenciado,  
Con diez ó doce de su compañía,  
Junto del bergantín que está varado,  
Que por guardallo dél no se partía;  
Y ampárase detrás de su costado  
De la nube de flechas que venía;  
Pero carga sobrel tan duro marte,  
Que para se valer es poca parte.

Vista por Juan Chamorro tanta junta  
De gente que sobre Gallegos carga,  
Con dos versos de bronce les apunta,  
A causa de no ser distancia larga:  
Piernas, muslos y brazos descoyunta,  
Y parte de la playa desembarga;  
Mas es tal de los indios el aumento,  
Que por uno que muere cargan ciento.

No faltan también tiros de ballesta,  
Que ninguno salió desvanecido;  
Mas para retraellos nada presta,  
Antes entre los indios no se vido  
Osadia jamás tan descompuesta,  
Demencia ni furor tan atrevido,  
Pues sin recelar golpes inhumanos  
Tientan quitar las armas de las manos.

Al capitán Diego Rincon obliga  
A mostrar su valor y fuerte brio,  
Por ser florido grano desta espiga  
Y no poder llegar á su navío;  
El cual con molestisima fatiga  
Procuraba salir de su buhío,  
Que rodeado tienen escuadrones  
Con flechas, dardos y otras municiones.

Aderezóse lo mejor que pudo,  
Y á todos cuantos hay con él anima  
Para salir al escuadrón desnudo  
De los que por allí tienen encima;  
Y así bien amparado del escudo,  
Hizo principio de crüel esgrima,  
Ya se va reparando, ya briendo,  
Con seis ó siete que lo van siguiendo.

Hay por donde sus pasos endereza,  
Para llegar al rio, buen pedazo;  
Es la hoja que lleva rica pieza,  
Increible valor el de su brazo,  
Pues de un revés llevaba la cabeza  
De los que le ponian embarazo:  
Uno deja sin luz, otro difunto,  
Y de su caminar no pierde punto.

Como cuando hambrienta destemplanza  
Llevó la fiera hasta las cabañas,  
Do perros si se ven con gran pujanza  
La vuelven á meter entre montañas,  
Y si le dan alcance se abalanza  
Y á quien le pica rompe las entrañas,  
E ya vueltas espaldas, va mordiendo,  
Siempre va su camino prosiguiendo:

Así Diego Rincon, aunque heria  
A quien en la carrera le picaba,  
Con aquella mañosa valentía  
Que la necesidad encaminaba,  
En su camino siempre procedía  
Para llegar adonde deseaba,  
Es á saber, orillas del gran rio  
Donde tenía surto su navío.

No consiente quedar manco ni cojo  
De los pocos que son de su manada,  
Y entonces se mostraba menos flojo  
Cuando su gente ve mas fatigada;  
El escudo de acero lleva rojo,  
La hoja cortadora colorada,  
Y cuanto se mostraba mas tajante,  
Mas indios se ponian por delante.

Al fin, arrebatado del esceso  
De fuerzas que le dió favor divino,  
No desmayaba punto del progreso;  
Bien así como campo peregrino  
Que va cortando por lugar espeso  
Arbores que perturban su camino,  
Y hace, ya por llano, ya por cumbre,  
Camino que dé menos pesadumbre:

Esta suerte llevaba recogidos  
Los que sacó, mirando por sus vidas,  
Y así nunca pudieron ser rompidos  
Con lanzas ni macanas estendidas,  
Aunque de flechas iban mal heridos,  
Y el buen Diego Rincon con tres heridas;  
Y con haber tan gran impedimento  
Llegaron do llevaban el intento.

Allí fueron los golpes del espada  
Tales, que porque no serán creibles  
Pasa por ellos pluma mas templada  
De lo que piden casos tan terribles,  
Porque cosas hicieron al entrada  
Del barco, que parecen imposibles,  
Pues dejaron el agua del orilla  
Harto mas colorada que amarilla.

Dentro ya de su barco con la gente  
Que pudo recoger de su bandera,  
Vido cómo traian al teniente  
Indios á mal andar por la ribera:  
Allí hizo remar incontinentemente,  
Y con ciertos soldados salió fuera;  
Despide Juan Gallegos sus temores  
Viendo llegar tan buenos valedores.

Y así, movido de mortal enojo,  
Acometió con toda la cuadrilla,  
Mas luego le clavaron el un ojo,  
De que cayó no lejos del orilla;  
Los indios acullá sobrel despojo  
Trabaron pesadísima rencilla,  
Sirviéndoles los arcos de garrotes  
Con que se lastimaban los cocotes.

Viendo Rincon la buena coyuntura,  
Pareciéndole tiempo conveniente  
Entre tanto que la revuelta dura,  
Que deseaban ser incorregible,  
Echar el barco al agua se procura  
Con la presteza que les fué posible,  
Y lo que no podian varar antes  
Muchos, agora pocos son bastantes.

Con la misma presteza referida  
Metieron al Gallegos cuasi muerto,  
El cual, aunque sanó de la herida,  
No dejó de ganar nombre de tuerto;  
Descuelga luego multitud crecida  
De canoas que van al mismo puerto,  
Y es tal la cantidad que se presenta,  
Que no se puede reducir á cuenta.

Porque se supo manifestamente  
Que con su potestad vino Melambo,  
Que es la barranca donde de presente  
El español que pasa halla tambo,  
Y vino Pencellon, indio potente,  
El gran Mompox, Tamalaisa Zambo,  
Vino Chingalae, Cimiti, Maca  
Y el gran cacique Tamalaguataca.

Chocori, Chiquichoque, Talaigua,  
Los indios de Tomala, los de Proa,  
Con todos los demás que se averigua  
Haber desde estos hasta Tacaloa;  
Y el que dejimos ser el estantigua  
Y causa de venir tanta canoa,  
Alonso, cierta guía de la danza  
Y ordenador de toda la matanza.

Innumerables eran los salvajes,  
A su modo feroces y gallardos,  
Compuestas las cabezas con plumajes,  
Proveidos de lanzas y de dardos,  
De flechas venenosas los carcajes,  
En las ejecuciones nada tardos;  
La postura, talante y el denuedo  
Al animo mayor pusiera miedo.

Ya por el horizonte ven los fines  
De la luz y febeos arreboles,  
Cuando llegaron á los bergantines  
Que tenían toldados españoles;  
Servian de trompetas y clarines  
Marinos y muy grandes caracoles,  
Cuyo son, que los pechos sobresalta,  
Rompe del aire la región mas alta.

Espesas rociadas de las flechas,  
Para la ejecución de sus concetos,  
Acia los blancos toldos van derechas  
Tantas, que ya de blancos están prietos;  
No tienen por inciertas las sospechas  
De vellos todos muertos ó subyetros,  
Y por mas abreviar aquel recuento  
Barloan para se les entrar dentro.

Y en aqueste primero movimiento  
Era tan obstinada su porfia,  
Que no se vió jamás atrevimiento  
Con tal temeridad en osadia:  
Nadie se espanta de se ver sangriento,  
Ni del que de la vida se desvia,  
Ni del que saca menos viva pieza,  
Ni del que lleva tiro la cabeza.

Son tan impetuosos movimientos,  
Temeridad, obstinacion, porfia,  
Que sobrepujan sus atrevimientos  
Cuantos pueden haber en osadia;  
Caen indios en estos rompimientos,  
Y con temor ninguno se desvia,  
Ensangrentando bordos, popas, proas  
De bergantines, barcos y canoas.

Porque cuando canoas llegan junto  
Y de los hordos ven manos asidas,  
Aquellas en aquese mismo punto  
Quedaban de sus brazos divididas;  
Muchos al agua van, uno difunto,  
Otro con abundancia de heridas,  
Otro que duro verso de fuslera  
Los sesos le sacó de la mollera.

Mas no por esto concebían miedo,  
Ni para removellos aprovecha,  
Antes el indio con mayor denuedo  
A derribar los toldos se pertrecha;  
Y en descubriendo brazo, mano, dedo,  
Era luego clavado con la flecha,  
Dejándole también con la herida  
Total desconfianza de la vida.

Rodeado de riesgo tan patente,  
El español de vida desespera,  
Y el bárbaro cruel, como lo siente,  
Mayor priesa le da para que muera;  
Van todos al amor de la corriente,  
Llena de grandes fuegos la ribera,  
Que mas de veinte leguas procedía,  
Haciendo de la noche claro día.

Como tenían á la mano breña,  
Por el discurso dicho tienen hechos  
Montones crecidísimos de leña  
Que estaban encendidos á sus trechos;  
La lumbre de los cuales les enseña  
Así los daños como los provechos;  
Vianse por la playa con la lumbre  
De flecheros crecida muchedumbre.

Emparejando pues con el primero  
El capitán Chamorro, que venia  
De todos el mas sano y mas entero,  
Asestó los versetes que traía,  
Pareciéndole que de tal terrero  
No podía salir bala baldía;  
Y cuando componía su navío  
Dió con él al través en un bajío.

Ansí como lo vieron encallado  
En parte do no pudo salir luego,  
Al instante se vido rodeado  
De los que estaban cerca deste fuego:  
Danle priesa por uno y otro lado  
Sin concedelle punto de sosiego,  
Tanto que del navío le sacaron  
Un español que vivo desmembraron.

Nunca se vieron en asiento lleno  
De grande muchedumbre de colmenas  
Tantas abejas con aquel veneno  
Que suele lastimar humanas venas,  
Al tiempo que le sacan de su seno  
El gustoso licor de que estan llenas,  
Cuantos tiros arroja la caterva,  
Todos untados de rabiosa yerba.

Chamorro, como ve que el agua falta  
Para poder nadar las carabelas,  
En el bajío con algunos salta,  
Espadas en las manos y rodela,  
Y á la gran multitud que los asalta  
Hicieron retraer á las candelas:  
Trabajan luego de salir del cieno  
Hasta que ya hallaron fondo bueno.

Embárcase la gente como puede,  
Huyendo los espesos macanazos;  
Pero contrario Marte no concede  
Ir salvas las espaldas y espinazos,  
Porque ninguno dellos hay que quede  
Por lo menos sin cinco ó seis flechazos  
De tan rabiosa yerba, que ninguno  
Dejara de morir con solo uno.

Murió Chamorro miserablemente  
Y los mas que salieron con heridas,  
Pues de todos los barcos solos veinte,  
Y aun menos, escaparon con las vidas;  
Porque para la cura conveniente  
Ningunas horas eran concedidas,  
Perseverantes indios en su brio  
Hasta que los echaron deste río.

Llegados á la mar con mal viaje,  
Conclusa la porfia del recuento,  
Y recogidos en aquel paraje,  
Nuevos trabajos salen al encuentro;  
Porque la fuerza grande del aguaje  
Del río los metió la mar adentro,  
No pudiendo pegarse con la costa  
Por la fuerza de remos ser angosta.

Auméntase la pena y el recelo  
Como se ven en este detrimento;  
Y para mas crecer el desconuelo  
Agua dulce les falta y alimento.  
Ojos del alma van al alto cielo  
Demandando socorro de buen viento;  
Y así sobre las ondas de Neptuno  
Les vino viento fresco y oportuno.

Del deseado tiempo se aprovecha  
La fatigada gente y afligida,  
Y á Santa Marta van via derecha,  
Donde era deseada su venida;  
Pero sabida la matanza hecha  
Y los pocos que vuelven con la vida,  
Ojos del pueblo todo fueron fuentes,  
Llorando sus amigos y parientes.

Entre los que se van desembarcando  
Vieron al Juan Gallegos salir tuerto,  
Diego Rincon, que hoy vive, cojeando;  
Y entonces los vecinos en el puerto  
Estaban las exequias celebrando  
De don Pero Fernandez, que era muerto,  
Y hallaron también haber llegado  
Juan Fernandez de Angulo por prelado:

Persona tal, que fué del cargo dina,  
Y de subir á muy mayor altura,  
Ansí por su católica doctrina,  
Como por su virtud y vida pura;  
Y en estos funerales él se inclina  
A hacer los oficios como cura,  
Porque las cualidades del difunto  
No podian subir á mayor punto.

En armas y linajes varon claro,  
Tales, que no merecen lenguas mudas:  
Fué de los miserables gran amparo,  
De huérfanos tutor y de viudas;  
No supo de sus bienes ser avaro,  
Ni faltaron á pobres sus ayudas;  
Jamás dió los oídos á novelas,  
Ni le hallaron vicios ni cautelas.

Fué muy comun aqueste sentimiento,  
Por lo ser este bien que les faltaba,  
Y su virtud, bondad, merecimiento,  
A mucho mas aun los obligaba;  
Compúsose terreno monumento,  
Segun el orden dió quien celebraba,  
En torno del retratos de la muerte  
Y letra que decia desta suerte:

*Hac dominus Petrus Fernandez  
Conditor urna:  
Excelsus meritis, prosperitate minor.  
Expensis multis quæsitit barbara regna,  
Indicat ipse viam, sustulit alter opes.*

El buen don Pero Fernandez  
Yace en esta sepultura,  
No muy lleno de ventura,  
Pero con méritos grandes;

Puso á descubrir el pecho,  
Haciendo armadas á costa,  
Y habiendo hecho la costa,  
Otro gozó del provecho.

Los españoles en aquella era  
No dejaban de estar enflaquecidos,  
Y cuantos indios hay en la frontera,  
Desvergonzados, sueltos y atrevidos:  
Templáronse después en gran manera  
Con el rumor de los recién venidos,  
Que bien pensaron que de Cartagena  
Enviaban ayuda muy mas llena.

Después para gobierno del cristiano,  
Que el pueblo sustentaba por España,  
Luis de Manjarés tomó la mano,  
Y en guerra y paz se dió tan buena maña,  
Que de los suyos un hecho liviano  
Se podría vender por gran hazaña,  
Pues con los mas indómitos y fuertes  
Le sucedieron venturosas suertes.

Cuanto por allí cine la mar fonda  
Hizo venir de paz y á servidumbre,  
Quebrantó las cervices del de Bonda,  
Haciéndolo mudar de su costumbre,  
Y todos los demás de la redonda  
Le sirvieron á él sin pesadumbre:  
Decian Coneha, Gaira y el Dorsino  
Haber resucitado Palomino.

Y sus hechos no fueron desiguales,  
Ni menos liberal en las mercedes,  
Ardides en la guerra principales  
Para poder huir bárbaras redes;  
Eran entonces sus colaterales  
Diego Rincon y Diego de Paredes,  
Que viven hoy y en Tunja son vecinos,  
De gran honor y de memoria dinos.

A Pocigüeyca fué con tal fortuna,  
Que ningún compañero dejó muerto,  
Y al pueblo de Carbon, el cual repuna  
Dejarse visitar del mas esperto;  
Fué antes y después fuerte columna  
Que sustentó las cosas deste puerto  
De Santa Marta, con hacer entradas,  
Que hizo muchas bien aprovechadas.

Poco después por la real audiencia  
Hierónimo Lebron fué señalado  
Para gobernador desta tenencia,  
Circunspecto varon y aventajado;  
Y vino por juez de residencia  
Alanis de la Paz, un licenciado,  
Y segun su poder, administraba  
Cada cual dellos lo que le tocaba.

Esto con la posible vigilancia,  
En guerra y en negocios ordinarios;  
Pero cerca de aquesta circunstancia  
Los modos de los dos eran contrarios,  
Porque Alanis de Paz con gran instancia  
La cobranza buscó de sus salarios,  
Y así ya por derechos ó cohechos,  
No fueron los menores sus provechos.

Hierónimo Lebron vela su puerto  
Y busca gente bien aderezada,  
Reduciendo las cosas a concierto  
Con que pueda hacer una jornada  
A lo mismo que tiene descubierto  
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,  
Porque fama común le certifica  
Estar en posesion de tierra rica.

Para cuyos efectos se mejora  
Con gente baquiana su bandera,  
Con la cual fué camino de la Tora  
Diego Rincon guiando la carrera:  
Mas no tractaré della por agora,  
Por reservarse para la tercera  
Parte, donde, con el favor divino,  
Larga cuenta daré deste camino.

Cuando partieron estas compañías,  
Vió, según dicen, del mortal subyector  
Don Juan de Angulo las postrimerias,  
Obispo principal y varon recto;  
Y desde á poco número de dias  
Fué en su lugar Calatayud electo,  
Fraile hierónimo, de quien di cuenta  
En lo que mas atrás se representa.

Desde Hierónimo Lebron anduvo  
Aquel camino, no sin buena maña,  
Con el gobierno que su padre tuvo  
Don Alonso Luis vino de España:  
También diré después lo que mas hubo,  
Y lo que trabajó por la montaña  
Al tiempo de venir al Reino-Nuevo,  
Porque tractando del allí lo debo.

Estuvieron a estas compañías  
Debajo de sus sueltos pareceres,  
Subyector á no pocas demasias,  
Aprovechándose de sus haberes:  
Después el licenciado Miguel Diaz  
Vino con bastantísimos poderes;  
Y aunque notado de lascivos hechos  
Nunca lo fué de robos ni cohechos.

Con todo esto tuvo residencia  
De las de por acá la mas terrible;  
Después la majestad y la potencia  
De Carlos quinto, César invencible,  
Al Nuevo-Reino dió real audiencia,  
Porque le pareció ser conveniente;  
Y desde entonces ella proveia  
A Santa Marta quien le parecia.

Vido Calatayud su postrer dia  
Por aquel tiempo y en aquel convese,  
Y vino con el cargo que tenía  
Don Juan de Barrios, fraile franciscano,  
Predicador en quien resplandecia  
Virtud, bondad, valor, celo cristiano,  
Incorrupto juez, pastor entero,  
Y destes arzobispos el primero.

Por cuyo fin tenemos hoy segundo,  
Que se dice don fray Luis Zapata  
De Cárdenas, en este Nuevo-Mundo  
La cuarta dignidad de que se trata;  
Elogio le daremos mas profundo  
Si nuestra vital trama se dilata,  
Porque como la tal se me conceda,  
Lugar mas á propósito le queda.

Tractaremos después en sus lugares  
De cada cual á tajo mas abierto;  
Y agora vamos á los seculares  
Jueces que vinieron a este puerto,  
Para que los confines destes mares  
Estuviesen en orden y concierto:  
Pues, como dicho tengo, los oidores  
Proveían aquí gobernadores,

Por defender del bárbaro cercano  
Tan importante desembarcadero;  
Y el primero que vino por su mano  
Conoció ser un noble caballero,  
Andrés Lopez Galarza, que era hermano  
De Galarza, también oidor primero;  
Después Luis Pardo, Luis de Villanueva,  
Que dieron de valor bastante prueba.

Y á Manjarés se tuvo gran respeto  
En cometer también aquel gobierno,  
Por ser á todos capitán ciego,  
Según ha dado cuenta mi cuaderno;  
Pero ya lo traian inquieto  
Envidias y malicias del infierno,  
Maculando sus honras y trofeos  
Con falsísima voz de casos feos.

Y aunque cualquiera dellos fué patraña,  
Testigos falsos lo hicieron leso,  
Tanto, que lo llevaron en España  
Y ante el emperador pareció preso;  
Mas justicia, verdad y buena maña,  
En aire convirtieron aquel peso;  
E yo vi los testigos y malsines  
Cómo todos ovieron malos fines.

A su casa y honor volvió pujante,  
Libre de la maldad que le fué puesta,  
Mediante su descargo ser bastante  
Y católica vida manifiesta:  
Contra fortuna se mostró constante,  
Tanto mas cuanto mas era molesta:  
Trajo sus indios y repartimientos  
Y cargos honorosos con aumentos.

Hizo con los extremos de presteza  
Después que vino, sin tomar resuello,  
En términos de Bonda fortaleza  
Que fuese duro yugo sobre cuello;  
Usó de los ardidés y destreza  
Que fueron necesarios para ello,  
Por que los indios todos del terreno  
Tentaron siempre de quebrar el freno.

Mas él salió muy bien con el intento,  
Y el del bárbaro fué trabajo vano;  
Al fin los años y el quebrantamiento  
Lo privaron del gozo de hombre sano,  
Y así murió con gran conocimiento  
Hechas las diligencias de cristiano:  
Vivenos hoy su hijo don Antonio,  
Que de sus hechos da buen testimonio.

Absente Manjarés de aquestos mares  
Cuando en España daba su descargo,  
Un caballero Gregorio Suárez  
De Deza, vino luego con el cargo,  
Cuyos servicios fueron singulares,  
Aunque su galardón fué nada largo;  
Pues honestísimas hijas de deja  
Tienen de su fortuna justa queja.

A este sucedió por varon dino  
En la gobernacion destes conveses  
Juan de Ojalora, noble vizcaíno;  
Y este gobernador algunas veces  
El puerto defendió del torbellino  
Y levantada furia de franceses,  
Porque esta poblacion en tiempos varios  
Ha sido molestada de cosarios.

Unas veces robando sus caudales,  
Sin poder escapar la menor pieza,  
Otras, que por venganza de sus males  
El español las armas adereza,  
Y con ayuda de los naturales  
También les han quebrado la cabeza;  
Aunque decían: á la yerba fina  
«No forsa, no, la mala salvajina!»

Pero después la yerba del salvaje  
En ellos imprimió de tal manera,  
Que muchos acabaron el viaje  
Antes de se partir desta ribera,  
Y los hallábamos al rebalaje  
Del agua que la mar echaba fuera;  
Porque por ser canalla mal regida,  
Ningunos escapaban con la vida.

Otras veces por falta de caudillo,  
O posible de armas y de gente,  
En viendo por la mar algún barquillo,  
Aunque no conociesen mal patente,  
El vecino cogía su batillo  
Y el rico mercader por consiguiente,  
Huyendo la doncella y la casada,  
Una desnuda y otra destocada.

Y todos en común huían luego  
Metiéndose por bosques y por cumbres,  
Con el rebato y alboroto ciego  
Que en los honestos usos y costumbres,  
Demas del general desasosiego,  
Causaba muchas otras pesadumbres;  
Porque, río revuelto, los mayores  
Ganancia dicen ser de pescadores.

También vimos soldados principales  
Mas que de paso ir este camino,  
A cuestras sus alhajas y caudales,  
Y cofres proveidos de oro fino;  
Y aun suelen trompezar en otros males  
Causados por el bárbaro vecino,  
Pues muchas veces nos hacían guerra  
Franceses por la mar, indios por tierra.

Y así, yendo cubiertos por florestas  
Luis Feijo con otros seis soldados,  
Con un cofre de barras á sus cuestras  
Que bien valía veinte mil ducados,  
Subiendo por las cumbres mas embiastas  
Del Dorsino, do van encaminados,  
El cofre del caudal puso en el suelo  
Y encima del un pardo herreruelo.

Y por le parecer lugar seguro,  
Sentóse para descansar encima,  
A tiempo que hacia muy obscuro  
Por ser después del cuarto de la prima;  
Estaban cerca de vecino duro,  
Cuyo compas también les pone grima;  
Sintieronlos los indios, y estan ciertos  
Ser gente que huía de los puertos.

Hecho pues por espías el acecho,  
Pariéndoles buena coyuntura  
Para que no perdiesen el provecho  
Que tan cerca les puso la ventura,  
Juntáronse para venir al hecho  
Y acometieron con la noche obscura,  
Tirando muchas flechas silbaderas,  
Y gritando por cima las laderas.

En oyendo la grita y estampida,  
En tales ocasiones estupenda,  
Abrevian piés cristianos la huída  
Dejándoles aquella rica prenda,  
Teniendo por mejor salvar la vida  
Que perdella demás de la hacienda:  
Y así se la dejó, sin hacer cuenta  
De podella sacar desta tormenta.

Acudieron los indios al rancho  
De lo que el español allí les trajo,  
Y cogen el hatillo de voleo,  
El lio, la petaca y el refajo;  
Asen bárbaras manos del manteo,  
Y no vieron estar cofre debajo,  
De suerte, que dejaron en lo raso  
La presa que hacia mas al caso.

De manera, que su caudal escapa,  
Sin que fortuna le hiciese mella;  
Pero cerca de defender su capa,  
Aquello que no pudo, pudo ella,  
Pues no las faltas, mas las sobras tapa,  
Y defendió mejor la rica pella;  
Y por dejar al amo con que viva,  
Ella tuvo por bien de ser captiva.

Y cuando ya sus rayos estendia  
Apolo por aquella cordillera,  
Con aumento de buena compañía  
Que fuerza de los indios resistiera,  
Volvió Frisol adonde le dolía,  
Que de su buena dicha desespera;  
Mas aunque con recelos y confuso  
Su tesoro halló donde lo puso.

También Juan Alemán por un recuesto  
Iba con lleno cofre de oro fino,  
Y á causa de volver al pueblo presto,  
Púsole separado del camino:  
Para volver después al mismo puesto  
Faltó la providencia de buen fino;  
Halláronlo trabajos y porfias,  
Mas el desgusto fué de hartos dias.

Estas cosas y otras acontecen  
En aquellos lugares cada día,  
Donde los sobresaltos que padecen  
No puede recoger mi fantasía;  
Ni yo podré decir lo que merecen  
El contador Bartolomé García  
Y Castro, que gran número de años  
Aquel puerto defienden destes daños.

Porque gentes finitimas á Flandes  
Visitan aquel puerto con frecuencia;  
Y en este tiempo fué Pero Fernandez  
De Bustos con gobierno y eminencia,  
Cuyas virtudes y proezas grandes  
Merecen pluma de mayor esencia,  
Y así por su valor el rey ordena  
Que pase á gobernar á Cartagena.

Otros tenientes hubo, mas no siento  
Hecho que de memoria sea dino,  
Sino que la justicia y regimiento  
Proveyeron después lo que convino,  
Y sustentaron bien aquel asiento  
Hasta que don Luis de Rojas vino;  
Cuyo gobierno fué no sin espanto,  
Y así lo tractaré con nuevo canto.

## ELOGIO

de don Luis de Rojas, gobernador de Santa Marta, donde  
se cuentan las entradas que hizo, y lo demás acontecido  
el tiempo que allí gobernó.

## CANTO PRIMERO.

La providencia santa de los reyes,  
A quien siguen humanas voluntades,  
Suele poner y suele quitar leyes,  
Según por tiempos hay necesidades,  
Para regir y gobernar las greyes  
Subyectoras á sus altas potestades;  
Y si sus pueblos van en crecimiento,  
También de sus jueces hay aumento.

En aquestas provincias y regiones  
De las Indias así les acontece,  
Pues como van creciendo poblaciones  
De reinos y provincias, también crece  
El número de las jurisdicciones,  
Señalando lo que les pertenece  
A los jueces, para que desciera  
Cada cual en aquello que gobierna.

Estando pues del reino separados  
Doscientas leguas estos moradores,  
Para poder mejor ser gobernados  
El rey les envió gobernadores;  
Y ansimismo fundó dos obispados  
Por ser ya necesarios dos pastores;  
Y Santa Marta y otros comarcanos  
Son hoy al Nuevo-Reino sufraganos,

Por estar hoy arzobispal audiencia  
En Santa Fe de Bogotá fundada,  
Y catedral que con papal licencia  
Fué desde Santa Marta trasladada,  
Do hacen dignidades asistencia,  
Persona cada cual cualificada,  
Que por sus grandes letras y costumbres  
Merecian tener mas altas cumbres.

Primer dean fué don Francisco Adame,  
Ilustre vaso de virtudes lleno:  
Tal me manda razón que yo lo llame,  
La cual en su loor no sufre freno,  
Pues excepta malicia del infame,  
Ninguno negará ser varon bueno;  
Llevólo poco ha Dios á su gloria,  
Y así nos queda sola su memoria.

Ornamento segundo de aquel templo  
Es don Lope Clavijo, arcedianio,  
Que en letras, en doctrina y en ejemplo  
Se muestra ser católico cristiano,  
Cuya bondad y merecer contemplo  
En honor de lugar mas soberano,  
Pues para ir á dignidad mas alta  
De lo que se requiere nada falta.